

REVISTA DE LIBROS

Brian D. MACKENZIE, *Behaviorism and the limits of scientific method*, Londres: Routledge & Kegan Paul, 1977, 193 pp.

Hilary Putnam ha hablado de la "concepción recibida" para referirse al positivismo lógico, el modelo de filosofía de la ciencia que ha dominado en nuestro más reciente pasado. En psicología empírica la "concepción recibida" dominante en los últimos cincuenta o sesenta años, sobre todo en el mundo anglosajón, ha sido el conductismo, cuyo programa, igual que el programa positivista, está hoy en crisis. En su libro *El conductismo y los límites del método científico* Brian D. Mackenzie propone una revisión crítica del desarrollo de la psicología conductista a la luz de los conceptos de la filosofía de la ciencia de Kuhn.

Los dos ingredientes básicos del conductismo son, subraya Mackenzie, la eliminación de la conciencia como objeto de la psicología y la restricción del método psicológico al ámbito de la conducta observable. Correlativamente, dos de los postulados capitales del positivismo lógico fueron la eliminación de la metafísica y el principio metodológico de la verificación por observación. No es de extrañar que la historia del siglo veinte haya asistido al entrecruzamiento de ambas corrientes, que Mackenzie analiza pormenorizadamente.

El libro se estructura en cinco capítulos. En el primero el autor adelanta una de sus tesis principales: el conductismo no constituye una comunidad científica definida ni una "ciencia normal" tipo Kuhn por carecer, en rigor, de "paradigma" (pues un paradigma propiamente dicho debe incluir contenidos sustantivos y no reducirse a un conjunto de principios metodológicos). Tomando con fidelidad escolástica la palabra "paradigma", esta tesis de Mackenzie puede ser válida; pero quizá resulte demasiado severa, pues por la misma razón (predominio del método sobre el contenido) habría que decir entonces que tampoco el positivismo lógico constituyó una comunidad científica propiamente dicha.

El segundo capítulo expone un tópico general de filosofía de la ciencia, la controversia entre positivismo y realismo, y el personal —y un tanto fácil— ensayo de conciliación entre ambos propuesto por Mackenzie (en el “contexto de construcción” directa de teorías debe prevalecer el realismo, y en el “contexto de reconstrucción” crítica de ellas el positivismo).

Los dos capítulos siguientes se ocupan más directamente del desarrollo del conductismo. El tercero describe los orígenes de este movimiento (Watson) y el trasfondo intelectual del que procede (la psicología comparada y el funcionalismo de finales de siglo). En el capítulo cuarto se estudia la segunda fase de dicho movimiento, en la que el conductismo entabla alianza con el refinado aparato metodológico del positivismo lógico para devenir neoconductismo (Hull, Tolman, Skinner). El neoconductismo es, por un lado, más tolerante en cuanto al dogma de la eliminación de la conciencia, pero más exigente y rígido en cuestiones de método. La tesis final de Mackenzie es que, al aceptar este refinamiento lógico, el neoconductismo generaliza y extrapola indebidamente la obsesión metodológica, y con ello pone límites a su propio desarrollo.

En esto hay bastante de verdad. Pero da la impresión de que Mackenzie, sin la debida razón suficiente, extrapola por su parte a la crisis del conductismo rasgos que son peculiares tan sólo de la crisis positivista. Esta última, determinada por los ataques de Kuhn, Hanson y Feyerabend, ha venido a significar un giro del logicismo al historicismo y una pérdida de la confianza en la racionalidad de la filosofía de la ciencia. Pero la crisis del conductismo ha venido determinada por los ataques de Chomsky y la psicología cognitiva, que piden para la ciencia psicológica un nuevo modelo de racionalidad que pretende ser aún más riguroso que el anterior.

El capítulo quinto, con que concluye el libro, contiene una serie de interesantes observaciones concretas sobre el estado actual del conductismo y sus aportaciones sustantivas, incluyendo la terapia de conducta.

M. Garrido